

# Marcelo Redondo



Al leer los comentarios que tiene dedicados en esta obra, muchos se habrán preguntado:

¿Quién será y como será ese hombre para que Rufao hable tanto de él?

Pues ahí está casualmente, cuando nadie podía figurarse que existiera un retrato suyo.

Es él pero en traje y en actitud de jubilado, que no le cuadra mucho, con aire de aburrido, paralizado y con la sangre estancada, como los apuntaladores de esquinas para que no se caigan, aunque tiene un rasponazo en los pantalones y salpicones en la blusa de estar enredando. Su actitud, su aire no es la del hombre que esté parado por alguna circunstancia, sino la del que no tiene nada que hacer, que es lo peor del mundo y da vueltas al corral con su aburrimiento. Noventa años, pocas palabras de nunca, pero sin que falten las precisas. Mientras funcionó no necesitó tomar almohadillas porque para dormir bien, lo mejor es una buena ración de cansancio. Ni menjurjes para abrir las ganas porque no hay trabajador que no las tenga siempre hechas.

Siempre fue respetuoso y se hizo respetar. No aceptó bromas ni le gustó darlas. No se recuerda que tropezara nunca en el poyo de las puertas de los bares al entrar, en lo cual no está solo porque yo conozco otro.

El ambiente del corral es de gañán rico. Está al lado del carro, que es lo suyo y de espaldas al remolque que es lo extraño. El caldero del ajo colgado de un clavo en la pared para que no se olvide. Las albardillas nuevas y la pared enlucida, indicando un cuidado que no le corresponde al hombre que rotura, sino al que cosecha, aunque la sogá vaya siempre detrás del caldero.

Muchas personas han desfilado por estas páginas pero ninguna con más derecho que el que entregó su vida durante noventa años —entonces se trabajaba afortunadamente, desde que se tenía uno de pie, lo sé